



SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN DE
GÉNERO Y ESTUDIOS CULTURALES

**Entre Locas y Brujas:
Monstruosidad, Transgresión y
Resistencia en *El Lugar sin Límites*
(1966) y *Temporada de Huracanes*
(2017)**

**Among *Locas* and Witches: Monstrosity, Transgression and
Resistance in *Hell has no limits* (1966) and *Hurricane Season* (2017)**

Ana Patricia Ponce Castañeda

Michigan State University
ap.ponce93@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7561-1736>

Fecha de recepción: 15/07/2026 Fecha de evaluación: 26/01/2026
Fecha de aceptación: 04/03/2026

Resumen: Durante el siglo XX, es posible observar a través de las obras literarias y la representación de sus personajes, el proceso de conformación de la identidad latinoamericana y entender así, como estos productos culturales funcionaban como guía de las expectativas que se tenían sobre los individuos como parte de un proyecto de nación que buscaba igualar a la región con las sociedades norteamericanas y europeas tras los procesos independentistas realizados en el siglo anterior. Posteriormente, tras la ola de revoluciones sociales y la entrada al siglo XXI, los conceptos de identidad, pertenencia y marginalidad se transforman, sin embargo, algunas narrativas continúan existiendo y repitiéndose en el arte y la cultura latinoamericana, visibilizando así los progresos y fallos de este proceso. En *El lugar sin límites* (Donoso, 1966) y *Temporada de huracanes* (Melchor, 2017) es posible observar por medio de dos de sus personajes centrales que la segregación social con base en la monstrificación de ciertas identidades sexo-genéricas sigue posicionándose como parte de los modos sociales en la cultura latinoamericana hasta la actualidad. Este trabajo pretende explorar dichas figuras como sujetos potenciadores de revolución y crítica social, que operan para repensar las imposiciones sociales y políticas de ambos siglos, y las posibilidades de la apropiación de la monstruosidad como medio para el cambio. Desde el diálogo con los estudios de género y los estudios culturales, a través de autores como Halberstam, Butler, Moraña y Valencia, se buscará brindar un panorama sobre la construcción de la identidad de estos personajes y explicar cómo en relación con la otredad, la corporalidad, la feminidad y lo trans su

representación puede ser entendida como una propuesta de revolución cultural y social.

Palabras clave: Literatura latinoamericana, Monstruosidad, Estudios queer, Identidad, Corporalidad, Transfeminismo.

Abstract: Throughout the 20th century, Latin American literature and its characters' representation reveal the ongoing process of construction of Latin American identity. These cultural products served as guides to the expectations placed on individuals as part of a nation-building project that aimed to align the region with North American and European societies following the independence movements of the previous century. After the social revolutions of the 21st century, concepts such as identity, belonging, and marginality experienced significant transformations. However, certain narratives persist and continue to be reproduced in Latin American art and culture, shedding light on both the advances and shortcomings of this process. In *Hell has no limits* (Donoso, 1966) and *Hurricane Season* (Melchor, 2017), two central characters exemplify how social segregation based on the monstrification of certain gender identities continues to be embedded in Latin American cultural frameworks today. This paper explores these figures as agents of revolution and social critique, capable of challenging and reimagining social and political impositions of both centuries, as well as the possibility of appropriating monstrosity as a mean for change. Drawing from gender and cultural studies—through theorists such as Halberstam, Butler, Moraña, and Valencia—this work aims to provide a perspective on the identity construction of these characters and demonstrate how their connection to monstrosity, corporeality, femininity, and transgender identities may be understood as a proposal for cultural and social revolution.

Key Words: Latin American literature, Monstrosity. Queer studies, Identity, Corporeality, Transfeminism.

Introducción

La literatura, como producto cultural, ha funcionado a través del siglo XX en América Latina como un medio para consolidar la identidad latinoamericana y promover los proyectos de nación que buscaban dar estabilidad a los países en su tránsito hacia la modernidad. Sin embargo, con el paso del tiempo y el fracaso de dicha modernidad, América Latina se encontró en un espacio de convulsión social, política y económica que, sumado a la herencia de dinámicas coloniales y la desigual distribución de la riqueza, desembocó en injusticia social y segregación de ciertos sectores de la población. De este modo procesos como el *blanqueamiento racial*, el mito del mestizaje, la imposición religiosa, la idea de civilización y la jerarquía social como fundamento del progreso—así como sus efectos y su perpetuidad—son visible a través de la literatura y es posible denunciarlos a través de sus personajes.

El lugar sin límites, obra concebida en 1966 por el escritor chileno José Donoso, retrata la vida en el pueblo *El Olivo*, un lugar abandonado por el progreso tecnológico donde Manuela y La Japonesita, personajes principales de la historia, buscan sobrevivir como dueñas de un burdel en su decadente pueblo. Esta obra es un fiel retrato de las pequeñas comunidades latinoamericanas de la época, que condenadas quedar olvidadas por un mundo cambiante y concentrado en el progreso capitalista, se resisten a desaparecer. Manuela, un travesti y su hija La Japonesita, se debaten entre permanecer en el pueblo con la misera esperanza de ver un día sus casas iluminadas por la electricidad prometida o vender la casa que alberga su burdel y marcharse; esto mientras son acosadas por Pancho Vega, un personaje que al mismo tiempo se debate entre sus deseos y las imposiciones de la sociedad. *El lugar sin límites* presenta diversos personajes, todos profundos y complejos, sin embargo, Manuela se coloca al centro de la narrativa y la historia permite conocer los casos de abuso y segregación que ha sufrido por parte de otros.

Por su parte, *Temporada de Huracanes* (2017) de la mexicana Fernanda Melchor, nos presenta los sucesos alrededor de la muerte de La Bruja, la curandera en el pueblo ficticio de *La Matosa*, claro reflejo del México rural contemporáneo abatido por la pobreza y la violencia. Después de que un grupo de niños encuentra el cadáver de La Bruja flotando en el canal, se desatan una serie de sucesos que nos permitirán conocer la realidad del pueblo y de sus habitantes, con relación a lo sucedido antes y después del macabro descubrimiento. La historia nos permite adentrarnos en la vida de diversos personajes observando las dinámicas de poder, discriminación, violencia y machismo vividas en *La Matosa*. La Bruja, como figura que desata el destino de los personajes incluso después de su muerte, se coloca como desestabilizadora de una situación social decadente y sostenida por los más finos hilos antes de la desgracia.

Los puntos de encuentro entre las novelas son diversos, pues ambas retratan espacios marginales que bien podrían pertenecer a cualquier país de América Latina. Sin embargo, el objetivo de este trabajo se centra en el análisis de las particularidades de las figuras de Manuela y La Bruja, como sujetos queer y monstruosos que por medio de una subjetividad femenina se enfrentan a un destino fatal por desafiar las normas heterosexistas de su contexto. Así mismo, es importante recordar que las obras son publicadas con 51 años de distancia entre ellas y que las adscripciones de sus autores a sus respectivos contextos artísticos y sociales juegan un papel importante en la visibilidad, perspectiva y distribución de su trabajo. Tanto Donoso como parte del Boom Latinoamericano del siglo XX, como Melchor, catalogada como parte de un movimiento que utiliza elementos del género de terror para explicar la realidad social en el siglo XXI, deben ser entendidos y leídos a través de un lente que permita comprender por qué sus novelas centran la importancia en estos personajes y como esto afecta a su vez la relación de estos con el entorno diegético y extradiegético de las novelas. Es posible entonces, por medio de los estudios de género, los estudios queer y los estudios del cuerpo, realizar un análisis de la

relevancia de estas figuras como representaciones de resistencia. Tanto la Bruja de Melchor como la Manuela de Donoso, utilizan la monstruosidad impuesta sobre sus cuerpos para desafiar la opresión del sistema social en el que viven. Además, propongo que la figura de la Bruja desborda una subjetividad aún más transgresora pues logra desestabilizar la dicotomía víctima/monstruo y desafía a su vez el canon literario en América Latina.

1. De Monstruos a Sujetos

A partir del siglo XIX con la ola de guerras de independencia consumadas y el nacimiento de los nuevos estados, se instauró un proceso en América Latina que continuaría hacia el siglo XX en búsqueda de la identidad latinoamericana con el fin de introducir a estas nuevas naciones dentro del esquema mundial de la legitimación, en especial con relación a la modernidad. Así, por medio de productos culturales como la literatura, se buscó dar forma y sentido a los individuos que debían componer el nuevo proyecto de nación. De este modo, cuestiones como el amor a la patria, la familia como núcleo indivisible de la sociedad, la mujer como formadora y educadora de los hijos, y muchas otras determinaciones fueron instauradas a través de la literatura con el objetivo de generar en la población la idea de estas grandes mitologías modernas que sostendrían a los países durante la inestabilidad y convulsión social vivida durante y después de sus procesos independentistas. Así, ciertas normas y estatutos sociales fueron establecidos para generar sujetos cuyo principal propósito fue mantener estas narrativas y definir por completo las características de un ciudadano latinoamericano capaz de enfrentarse discursivamente con sus contrapartes europeas, planteando así a América Latina como un espacio de progreso, abierto a la modernidad y al mismo nivel de los países europeos y norteamericanos establecidos con anterioridad. Frente a esto, cabe entonces preguntarse, si los procesos de identificación siempre conllevan separarse y distanciarse del *Otro*, ¿qué subjetividades son aquellas que quedan fuera del proyecto de nación? Y si su función no es la de sostener las ficciones de nación y homogeneidad, ¿cuál es su fatal destino por no adscribirse a estos preceptos? Y más importante aún ¿cuál es la potencia de estas figuras para denunciar y modificar los fracasos de los imperfectos proyectos de nación?

1.1. Los Límites de la Subjetividad

En *Cuerpos que importan*, Judith Butler propone que son las figuras que escapan de las determinaciones del sistema y proponen una subjetividad distinta las que tienen el poder de resistir esta fuerza homogeneizadora y plantear nuevas formas de existencia que generen cambios en el espacio. Butler comenta:

En realidad, son las inestabilidades, las posibilidades de rematerialización abiertas por este proceso las que marcan un espacio en el cual la fuerza de la ley reguladora puede volverse contra sí misma y producir rearticulaciones que pongan en tela

de juicio la fuerza hegemónica de esas mismas leyes reguladoras (2002: 18).

Para Butler la capacidad de la performatividad de género es la rematerialización de los cuerpos que son determinados por las normas reguladoras del sexo, es decir que la materialidad del cuerpo, su propia existencia corpórea está determinada por las normas en las que el individuo existe. Esto nos lleva a pensar en el poder transformativo de la performatividad como un acto «reiterativo y referencial mediante el cual el discurso produce los efectos que nombra» (2002: 18). Todo aquello que es nombrado por el orden social es aquello que existe. Por lo tanto, el proyecto de nación busca excluir aquellas subjetividades que no le funcionan para instaurarse. Al revocar la acción de nombrarlas se intenta borrar su existencia y se hace permisible la violencia contra estos cuerpos.

Sin embargo, este proceso es en sí mismo irónicamente imposible. Blanco señala, a partir de Foucault, que «los límites que toda cultura establece no son sólo contra los otros, sino en el interior mismo de su propio dominio» (2020:731). En este sentido lo que se busca excluir es imposible de destruir, es posible segregarlo, pero no borrarlo por completo ya que está creado por el mismo orden social, quien lo organiza, pero no lo elimina. La autora analiza este proceso tomando la locura como categoría y partición social que permite a su vez la creación de espacios para el proceso de subjetivación. En otras palabras, son los individuos considerados como *locos* los que pueden dar cuenta de formas alternativas de habitar la subjetividad. En este sentido la literatura juega un rol relevante en este proceso, ya que permite visibilizar aquello que el orden social intenta segregar. Es por medio de la literatura que es posible observar el afuera como «otras formas posibles de partición de lo real» (2020:733). Así, lo que queda afuera se entiende como una posibilidad para potenciar el desafío de los límites.

Pero ¿cuál es el propósito de borrar y reprimir estas subjetividades? Instaurar el proyecto como un discurso completo, sin fisuras y sin espacios para la diferencia, tratando de cubrir las obvias fallas de este. Proveer a los sujetos que se adhieren a las exigencias del proyecto de nación con la seguridad de que mientras no traspasen los límites estarán protegidos. Sin embargo, esto resulta falso ya que como es posible observar en diversos personajes dentro de las novelas analizadas en este trabajo, la desigualdad económica, de género, de raza y de clase alcanza a todos los individuos. Incluso cuando éstos intentan adherirse a los estatutos capitalistas y patriarcales, siempre se ven afectados por la precariedad y la marginalidad de su entorno. Sin embargo, este proceso no es homogéneo. Los efectos de este sistema provocan violencia entre los individuos, añadiendo así capas de opresión y distintos marcadores de vulnerabilidad.

En las novelas analizadas, nos encontramos en espacios marcados por la pobreza, todos los personajes son en realidad víctimas de la marginalización existiendo en un espacio abandonado por la modernidad, sin embargo, son los personajes centrales de este estudio, aquellos que

aún desde ese posicionamiento precarizado, desafían en mayor medida las reglas sociales por vivir sin reparo su propia subjetividad subversiva. Estos personajes actúan como lo que Foucault describe como parresiasta. De acuerdo con Romero, Foucault explica la parrêsía —en *Le courage de la vérité*— como «el hablar directo, franco, sin ornamentos (...) quien habla lo hace ante un hombre con poder e investidura que pone en peligro su vida misma» (2015:155). Es así que los individuos más afectados por las distintas capas de opresión dentro de estos contextos son aquellos que se construyen capaces de desafiar las reglas sociales y sus injusticias a pesar de poner en riesgo su propia integridad. De este modo, La Bruja y Manuela, representan el rol crucial de quien «pone en juego una intensidad vital para subvertir las costumbres y el orden de sus contemporáneos» (2015:155), es decir, quien logra desarticular los mandatos y se opone al poder incluso a costa de su vida.

Estos sujetos son entonces vistos como abyectos, ya que contradicen las normas de identificación sobre las cuales se basa el proyecto de nación y a las que otros se adhieren para poder mantenerse dentro del orden social, con la esperanza de poder combatir esa marginalidad o simplemente no caer en los espacios externos de este orden. Para Butler esta constitución del sujeto se da «a través de la fuerza de exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es «interior» al sujeto como su propio repudio fundacional» (2002: 20). Es decir, que la constitución del sujeto se forma gracias a la diferenciación con lo *Otro* por medio de características que, aunque inherentes al individuo son reprimidas con el objetivo de introducirle en el orden social.

Esta abyección coloca entonces a todo lo que se encuentre en este dominio como aquello que no pertenece al orden, aquello que no es nombrado y por lo tanto es borrado de la existencia. Sin embargo, las fisuras de este sistema son las que permiten este exceso, estos límites transgredibles en los que la conformación del sujeto existe incluso fuera del orden social. Así, personajes como Manuela y La Bruja, operan desde estos espacios desestabilizando los cimientos del orden social. Es esta capacidad para la ambigüedad la que permite una existencia subversiva. Butler plantea que «no hay una relación necesaria entre el travesti y la subversión, y que el travestismo bien puede utilizarse tanto al servicio de la desnaturalización como de la reidealización de las normas heterosexuales hiperbólicas de género» (2002: 184). En este sentido, es posible entender que la subversión no proviene inherentemente de lo trans o lo travesti como identidad, si no como forma de existencia que transgrede los límites de la conformación de una identidad específica y que desborda las expectativas de encajar en las categorías binarias o mantener la espectacularización de la feminidad como un modo de entretenimiento y como un medio de legitimación de las subjetividades disidentes para regresarlas a las normas binarias del orden simbólico. De este modo, lo que se plantea es una lectura de los personajes fuera de las rígidas constricciones del sistema sexo-género.

Otro aspecto importante del texto menciona que, en contextos de marginalización y pobreza, las categorías de sexo, género, raza, clase y etnia son factores cruciales que arrastran a quienes son vulnerados—por cuestiones sexo-genéricas—a intentar instaurarse dentro de las normas binarias para poder combatir y sobrevivir dentro de esa marginalidad. Así, se propone que la verdadera potencia transgresora de estas figuras reside en que:

Este no es un modo de apropiarse de la cultura dominante para poder permanecer subordinados a sus términos, sino que se trata de una apropiación que apunta a traspasar los términos de la dominación un traspaso que es en sí mismo una capacidad de actuar, un poder en el discurso y como discurso, en la actuación y como actuación, que repite para poder recrear y a veces lo logra (2002: 199).

Es decir, que la transgresión y la subversión se dan gracias a la operación de estas figuras en el terreno de lo abyecto, a través de la performatividad de su subjetividad y de la reiteración de los discursos que tienen un efecto en la materialización de los cuerpos. De este modo, Manuela y La Bruja son personajes subversivos no sólo por existir fuera de la norma social, sino porque su performatividad de la feminidad reitera constantemente su subjetividad como un modo de desafiar a las normas que las marginalizan. Así mismo posicionan su subjetividad como un derecho a la vida y no sólo como medio de supervivencia dentro de las imposiciones patriarcales de su entorno. La forma en que estos personajes realizan estas acciones se abordará a detalle más adelante durante el análisis de los textos.

Retomando entonces la segregación de los sujetos que no se adhieren a las normas del orden social, es relevante entender que éstos, al ser constituidos como *Otros*, sufren un proceso de deshumanización, es decir el borramiento de sus identidades dentro de las cartografías de lo humano. Por lo tanto, lo que queda fuera de la categoría de lo humano, lo abyecto, lo que se mueve entre los límites de la subjetivación es entendido en el imaginario como algo monstruoso. Moraña explora la figura del monstruo como un artefacto semiótico, entendiéndolo como una imagen llena de sentidos y significados provenientes de su ambigüedad y la relación de esta con la vida y la historia. Se explica como un «dispositivo cultural orientado hacia una interrupción productiva de los discursos dominante y de las categorías que los rigen» (2017: 23). Es decir, como un espacio de resistencia—dentro de la producción de la cultura—a las determinaciones del orden social, desafiadas por medio de su propia existencia.

El monstruo, así como las subjetividades de las que habla Butler, pertenecen al terreno de lo abyecto, de lo que es capaz de existir en los límites y en las fisuras del orden social, al mismo tiempo que redefine sus fronteras y tiene una fuerza tanto destructiva como constructiva. Moraña comenta:

El tema del monstruo se inscribe dentro de los parámetros de estas construcciones sobre identidad/otredad, pertenencia/ajenidad, bien/mal, hegemonía/marginalidad, pero también trasciende tales distribuciones de sentido y valor ideológico. Podría decirse, incluso, que la significación de lo monstruoso solo puede ser comprendida a cabalidad a partir de esa trascendencia que lo vincula a la ambigüedad, la incertidumbre, la polisemia, la duda, la mutación y la resignificación. Lo monstruoso designa el dominio del poder y lo metaforiza, aunque también es redimensionado como expresión de resistencia, subversión, transformación, anuncio de catástrofes o de inversiones productivas, revolucionarias, del orden social (2017: 30).

De este modo, las subjetividades potenciadoras de cambio de las que habla Butler pueden ser inscritas dentro de lo monstruoso, no sólo por ser reprimidas y oprimidas por el orden social, sino por la capacidad de existir fuera de los márgenes, desde la ambigüedad. Cabe entonces preguntarse, ¿cómo las subjetividades determinadas como monstruosas con base en el sexo y el género modifican específicamente los espacios que los construyen? Y, por consiguiente, ¿de qué manera lidian los personajes de *El lugar sin límites* y *Temporada de huracanes* con la monstruosidad como subjetividad?

1.2. Transgrediendo la Identidad

Como hemos planteado, los individuos que no son leídos por el sistema dentro de la dictaminación sexo-genérica binaria, son asignados a un espectro de liminalidad y ambigüedad. Esto, aunque se presenta como una consecuencia de la marginalización por parte del sistema, permite la posibilidad de diversificar el entendimiento de la construcción identitaria. Si bien Butler plantea que esta oposición al orden social no es inherentemente revolucionaria, Halberstam ofrece en *Masculinidad Femenina* una serie de identidades que desafían, desde la apropiación de la masculinidad, el poder determinante del binarismo. Es a través de estas figuras—como el tomboy y la lesbiana butch—que podemos cuestionarnos dónde se centra el poder y como los sujetos pueden ser capaces de desplazarlo al asumir que las categorías femenino y masculino no son características inherentes de los cuerpos. Halberstam, a través del estudio de la masculinidad, no sólo como un concepto a deconstruir, si no como potencia empleada por cuerpos a los que les es impropia, brinda una perspectiva del uso de la masculinidad como acto de resistencia y desafío. Ante esto comenta:

Obviamente, no todas las transexualidades suponen un desafío (o quieren desafiar) a la masculinidad hegemónica, y no todas las masculinidades butch son subversivas. Sin embargo, la transexualidad y el transgenerismo sí nos proporcionan una oportunidad única para conocer performances explícitas de masculinidad no dominante (2008: 64).

Se expone entonces que es desde la fluidez y la construcción de la identidad—más como proceso que como determinación—que la masculinidad puede actuar como herramienta que desafía al patriarcado, deconstruyendo los lazos entre lo masculino y el privilegio que conlleva. Entonces, la masculinidad en diversas identidades «puede ser un lugar en el que las formas dominantes de poder puedan ser resignificadas con resultados subversivos e incluso potencialmente revolucionarios» (2008: 207). Así, ciertas expresiones del género son asociadas con la agencia, el privilegio y la legitimidad, no porque la posean inherentemente, sino porque el sistema heteropatriarcal les otorga esta cualidad. Cuando observamos el poder de la masculinidad trasladado a cuerpos que encarnan la ambigüedad, se convierte en un acto con potencia revolucionaria. Sin embargo, esto es un proceso complejo y en constante conflicto ya que las subjetividades que no pueden ser leídas conforme a la norma binaria de género son constantemente segregadas de los espacios sociales, culturales e históricos. Ante esto, ¿cómo los discursos feministas entablan una relación con los individuos que no encajan en las normas sexogenéricas hegemónicas? Y más importante aún ¿cómo podemos articular un feminismo que tome en cuenta las cuestiones de interseccionalidad que construyen a los sujetos como monstruos producto de su contexto?

Para Valencia, la perspectiva transfeminista va más allá de la simple incorporación de lo trans dentro del discurso. En *El Transfeminismo no es un Generismo*, la autora propone que este enfoque se centra en los «estados de tránsito de género, migración, mestizaje, vulnerabilidad, raza y clase, para articularlos como parte de la memoria histórica de los movimientos sociales de insurrección» (2018: 31). Es decir, el diálogo del género en conjunción interseccional con otras categorías de marginalización nos permite reconstruir el movimiento político por medio de un frente común que debe combatir un capitalismo heteropatriarcal y neoliberal que se cierne sobre los cuerpos. Si entendemos esta perspectiva como un modo de análisis que permita entender la conformación de los sujetos dentro de un contexto violento que reprime toda subjetividad que se escapa a la norma, pero que también posee fisuras y conjunciones donde las personas pueden accionar, tendremos entonces una propuesta para entender subjetividades diversas. Así, las masculinidades femeninas, la identidad trans, la loca, la bruja y muchas otras existen como figuras que potencian el cambio no sólo por quedar excluidas del orden social, sino por la activa reiteración de una subjetividad nacida de un contexto complejo y reapropiada desde la figura del monstruo. Por ser figuras que encarnan las implicaciones biopolíticas y que dentro de la marginalidad a las que son expuestas consiguen conformar su identidad y reapropiarse de los pocos espacios de poder y agencia que existen. De esta manera, la siguiente parte de este trabajo se centrará en analizar las dimensiones en las que Manuela de *El Lugar sin Límites*, y La Bruja, de *Temporada de Huracanes* se posicionan como figuras subversivas no sólo por su transgresión de la masculinidad, si no por el desafío interseccional que suponen sus subjetividades.

2. Los límites del Huracán. La potencia de la monstruosidad desbordada

Para hablar de potencia revolucionaria, es necesario analizar las dimensiones en que Manuela y La Bruja son figuras trasgresoras no sólo por su desobediencia ante el orden heteropatriarcal, y más allá de las determinaciones de «loca» o «bruja», sino por el desbordamiento de su otredad que excede los límites de la marginalidad a la que son sometidas. Es este desbordamiento el que se posiciona como capacidad para generar cambio en sus entornos a pesar de la alienación extrema que sufren. Con este fin, se analizan ambas figuras desde la performatividad como herramienta que se extrapola a los espacios y situaciones, así como la monstruosidad como espacio de reapropiación de lo robado por la violencia y la marginalización.

2.1. Performatividad como espacio de transgresión social

Como se ha mencionado, para Butler la materialidad del cuerpo se conforma a través de la reiteración de la performatividad de género y esto es claramente visible en ambas figuras. Tanto Manuela, como La Bruja, existen dentro de espacios marginales donde su identidad sexo-genérica las convierte en blancos de violencia, incluso por parte de otros individuos que experimentan la misma marginalidad del contexto. Sin embargo, son estas dos figuras doblemente marginalizadas las que consiguen reiterar su identidad a través de su performatividad. Estos personajes generan dos tipos de espacios liminales donde es posible la reconfiguración de la identidad: espacios internos, como su propia corporalidad, y espacios externos como el burdel y la casa. Es a través de su performatividad que las fisuras del orden social se hacen visibles y convierten en oportunidades, ya sea para transgredir los límites de la propia identidad o para generar espacios físicos en las que se rompen las rígidas reglas. Es en el burdel y en la casa de La Bruja donde los otros personajes acceden a la oportunidad de explorar sus propias identidades fuera de la imposición del orden social y de la violencia jerárquica de la marginalidad. Los espacios físicos se convierten en extensiones de la performatividad de estos personajes, lugares donde por un breve momento se suspenden las reglas y determinaciones y se instaura a pesar de la marginalidad la posibilidad de existir bajo otras leyes. De este modo, la ambigüedad de estas figuras transgresoras se desborda generando un cambio inmediato en su espacio físico, creando pequeñas zonas de resistencia, que si bien no vienen sin una carga de violencia y espectacularización, si generan la posibilidad de desafiar lo que se considera como inherente a la subjetividad.

En cuanto a las reconfiguraciones internas de los personajes, la performatividad de Manuela y La Bruja permite desarticular las ideas y conceptos asociados al sexo, al género y a los roles que estos conllevan. Sifuentes-Jauregui, explica que la performatividad de Manuela es una apropiación de lo femenino en su exceso, y al mismo tiempo una herramienta de supervivencia. Es a través de la reiteración performática de su identidad femenina que Manuela logra el acto sexual con La Japonesa,

con el fin de convertirse en copropietaria del burdel (2002: 100), con el objetivo de encontrar ese lugar donde pueda expresar su identidad libremente. De este mismo modo, utiliza su performance como bailarina para intentar apaciguar la violencia de Pancho contra la Japonesita, poniendo entonces en conflicto las imposiciones sociales sobre la feminidad y la masculinidad. El peligro al que está expuesta la Japonesita es el que consigue despertar en Manuela la valentía de enfrentarse a Pancho, sin embargo, lo hace desde su propia subjetividad, lo que para Pancho significa una actuación, para Manuela es en realidad la expresión de su identidad. La capacidad de enfrentar a Pancho desde su feminidad coloca a Manuela como un personaje transgresor de las normas genéricas y propone lo que Halberstam plantea como potencia de las masculinidades desde identidades diversas. Existe en este momento de peligro una paternidad femenina encarnada en Manuela, que desafía los límites sexo-genéricos y que subvierte una experiencia rígida de la masculinidad, la hombría y la paternidad.

De una forma similar, La Bruja es un personaje que conjuga lo trans con elementos históricamente asociados a lo *femenino* como la hechicería, los saberes medicinales y el espacio doméstico. Estos elementos, con los que las mujeres han sido juzgadas o limitadas, se convierten en espacios de transgresión, resistencia y oportunidad. Para los distintos personajes, la casa de La Bruja simboliza la capacidad de escapar de las normas sociales y renegociar las determinaciones hegemónicas del sexo, el género y la sexualidad. Este espacio liminal simboliza una realidad distinta para hombres y mujeres. Para los hombres, es un espacio de permisibilidad donde el deseo y la sexualidad pueden ser explorados, a plena vista de las mismas personas del pueblo, pero en un espacio-tiempo donde no hay limitaciones y todo es explicable dentro del contexto del exceso, las drogas y la noche; las fiestas en la casa de La Bruja les permiten disociarse del orden sin amenazar su lugar y pertenencia dentro del mismo. Sin embargo, para las mujeres representa otro tipo de libertad, es el espacio donde a través de prácticas como el aborto pueden continuar subsistiendo a pesar de la marginalidad del trabajo sexual y los abusos sexuales. Significa para ellas una alternativa a un sistema médico inexistente o que terminará por privarlas de su libertad—denunciándolas a las autoridades—o de su vida. Las únicas que parecen ser empáticas con la muerte de La Bruja son de hecho las trabajadoras sexuales.

Así, estos personajes desbordados en su apropiación del sexo, de la marginalidad y del deseo construyen a su alrededor espacios para entender y cuestionar la conformación identitaria dentro de las normas impuestas. Estas performatividades de lo femenino como algo monstruoso y marginal nos permiten ahondar en la complejidad de los personajes y de sus contextos. Ambos espacios son también lugares donde se determina el deseo. En el burdel y en la casa de La Bruja se desacatan las normas sociales. Aquí se borran las líneas divisoras entre lo masculino y lo femenino, lo correcto y lo incorrecto, y entre la moral y el deseo. La construcción de este deseo a pesar de la marginalidad es lo que produce

una fuerza de gravedad que atrae a los personajes porque descoloca las nociones de poder y castigo y permite un espacio de exploración y reconocimiento de la identidad. Así, cuando Manuela es asesinada fuera del burdel, este hecho adquiere un significado adicional. Su existencia termina en el espacio exterior, en que simbólicamente su identidad transgresora es una amenaza. La protección, aunque marginal del burdel, no es transferible a los espacios exteriores, es aquí donde el sistema consigue acabar con esta existencia. Así mismo, La Bruja es llevada al canal en un intento de desechar su cuerpo como evidencia del asesinato, sin embargo, es justo ahí donde se vuelve visible. Fuera de los límites de su casa, su monstruosidad se reduce a la diferencia y no a la potencia creadora de subjetividades disidentes del orden.

2.2. Monstruosidad desbordada: Marginalidad e Interseccionalidad

Es posible entender entonces que ambas figuras, tanto Manuela como La Bruja, construyen mediante su insistencia en ser, y por medio de la transgresión corporal y espacial, una propuesta de revolución que excede toda categoría. En este sentido y como explica Martínez, los «cuerpos que no se inscriben en ningún género están fuera del orden humano» (2011: 10). Y todo aquello que es deshumanizado, el sistema es capaz de inscribirlo en los límites de lo monstruoso. Así, la *loca* y la *bruja* representan desafíos al orden por habitar en los espacios de lo liminal. Sin embargo, es importante resaltar que no todas estas subjetividades son subversivas, ya que comúnmente son creadas para ser utilizadas como sustento del orden social. Es imprescindible entender que el orden nombra a ciertos individuos como anomalías con el fin de constituir una identidad como norma al establecer la diferencia con un *Otro*, no como medio de revolución. Referente a Manuela, Martínez comenta: «La deshumanización—que es también monstruosidad—producirá temor en los hombres que estén cerca de ella, quienes buscarán como humillarla, ridiculizarla y someterla» (2011: 10). Así, Manuela y La Bruja se convierten en blancos de la violencia de quienes están determinados a perpetuar el orden—usualmente por mantener su lugar en la jerarquía de la marginalización—y serán reprimidas incesantemente hasta adherirse al orden, aunque signifique perder la vida.

Como se ha revisado, Manuela y La Bruja son personajes capaces de desbordar lo moralmente aceptable desde sus espacios, hasta el punto de crear lugares de enunciación parresiástica. Si bien ambas figuras proponen esta experiencia liminal, más allá de sólo la transgresión de la norma sexo-genérica, y al mismo tiempo como figuras doblemente marginales dentro de su contexto, el desbordamiento de esta característica opera de una manera mucho más amplia en La Bruja. El destino fatal de Manuela al enfrentarse a Pancho termina por devolverla irrevocablemente al orden social, se destruye así la potencia fronteriza, creadora y reafirmadora del burdel, imponiéndose de nuevo la sumisión ante la norma cisgénero y heterosexual. Sin embargo, la muerte de la Bruja, presentada desde las primeras páginas de la historia, es la potencia que desencadena

los cambios en La Matosa, la alteridad de la bruja trasciende su cuerpo y su casa, permeando a los otros personajes y sus destinos.

Para entender esto es necesario analizar también la monstruosidad femenina que aparece en otros personajes de esta historia y por consiguiente la cuestión de las relaciones femeninas dentro de la narrativa. En *El lugar sin límites* es posible apreciar cierto grado de sororidad entre las prostitutas del burdel, pero también las tensiones dentro de las relaciones Manuela-Japonesa y Manuela-Japonesita. Dentro de la narrativa de estas duplas está siempre como centro de la historia la identificación de Manuela; es a través del antagonismo con la Japonesa y la Japonesita que se desarrollan los puntos fundamentales de la historia, y es siempre Manuela quien muestra una subjetividad distinta con relación a la moral heterosexual impuesta por el orden social y perpetuada por quienes son partícipes, en especial la Japonesita en su renuencia a dejar de llamar *padre* a Manuela.

Sin embargo, en *Temporada de Huracanes* la tensión y los procesos de identificación a partir de las relaciones binarias son mucho más complejos. A pesar de exponer también duplas antagónicas, dentro de estas es posible apreciar la alteridad de cada personaje, entendiendo así cada subjetividad y cada rol ambivalente dentro de su contexto, no sólo con relación a la otredad de La Bruja. Yesenia, *La Lagarta*—cuyo apodo nos remite de inmediato a la noción de lo no humano—, es testigo del crimen de LuisMi y Brando y es catalizadora de su arresto. Yesenia sufre a manos de su abuela, una mujer machista que enaltece a LuisMi, su único nieto varón, y violenta a sus nietas provocando la envidia de Yesenia. Así mismo, LuisMi tiene una relación complicada con su madre, Chabela, que es una prostituta y que eventualmente lleva a Norma, la novia de LuisMi a que se realice un aborto con La Bruja. Todas estas duplas, Yesenia-LuisMi, Yesenia-Abuela, LuisMi-Chabela, Chabela-Norma, permiten vislumbrar las subversiones y las sumisiones ante el orden que posee cada personaje, es a través de la identificación de uno contra otro, en un nivel rizomático, que nos damos cuenta de la marginalidad de cada uno.

Así, el maltrato de la abuela contra sus nietas la hace partícipe de una monstruosidad que perpetúa del orden violento de su contexto marginal; a diferencia de las prostitutas, que empatizan con La Bruja, de Chabela que tratan de ayudar a Norma a pesar del desprecio que siente LuisMi contra ella por prostituirse, y de Yesenia que busca justicia sin olvidar su propia ira. Así, el elemento clave que toma forma dentro de cada proceso de subjetivación es la marginalidad. Es visible un cierto grado de agencia que estos personajes poseen a pesar de la marginalidad en la que viven. Aquí se reside la potencia de la monstruosidad como subjetividad subversiva y no como simple castigo o determinación externa. En este contexto, en donde cada vida es desechable, o *nuda vida*, como lo Blanco lo sugiere desde Agamben, en *Temporada de Huracanes*, la subversión es la única forma de sobrevivir. Para Blanco, la *nuda vida* de Agamben son todas aquellas formas de existencia que el Estado explota ya que su muerte y su vida no son consideradas *sagradas*, y son necesarias para el

funcionamiento necropolítico del Estado mismo (2024: 358). Esto entabla un diálogo con Butler y los cuerpos que importan, los que significan para el Estado una forma de reproducir y mantener el estatus capitalista y hegemónico. Es sólo a través de la ambivalente subjetividad de las mujeres de La Matosa—en consonancia con la otredad de la Bruja como ejemplo gráfico y fatal de la marginalidad—, que es posible generar cambios, como el eventual arresto de Brando y LuisMi o la esperanza de otro futuro para Norma. Es sólo por medio de la aceptación de la monstruosidad como subjetividad marginal que se puede comenzar a plantear un modo de supervivencia dentro de los límites de los contextos hiperviolentos.

De este modo el destino final de los personajes de cada historia cobra un significado que está íntimamente ligado con su contexto y con los factores extradiegéticos de las obras. El final de Manuela, golpeada hasta la muerte por Pancho y la esperanza inútil de la Japonesita por obtener finalmente electricidad en el pueblo nos refieren a una América Latina de mediados de siglo XX donde la precariedad es imposible de superar, donde las personas son irremediabilmente arrastradas al orden social por medio de la violencia y donde el proyecto de nación, a pesar de su fracaso, continúa determinando a sus habitantes. El final de La Bruja nos muestra la continuación de esta situación a principios de siglo XXI, donde aún no se ha logrado resolver la injusticia social, la pobreza en los sectores no urbanos, la centralización de los recursos, la capitalización de los cuerpos, ni la segregación de las identidades disidentes. Sin embargo, sí es posible observar un cambio en las nociones de justicia y reivindicación, mostrando una esperanza más real, aunque cruda y no menos violenta, de que una apropiación crítica de la monstruosidad puede redirigir hacia los pequeños lugares de resistencia y comunidad.

No es coincidencia que José Donoso, a pesar de ser considerado como parte del *Boom Latinoamericano*, no posea el mismo reconocimiento que algunos otros de sus compañeros del mismo movimiento. Su obra permite vislumbrar como el autor percibía las posibilidades y consecuencias de una sexualidad que no se ajustaba a los valores de la época, considerando también el entendimiento de su propia sexualidad. *El lugar sin límites*, una de las obras más crudas del movimiento y que mejor retratan la realidad latinoamericana de los pequeños pueblos, fue alabada por los colegas de Donoso, al mismo tiempo que se percibió como desafiante y controversial, incluso en su posterior adaptación cinematográfica. En este sentido, es pertinente pensar entonces en como la representación de la performatividad sexo-genérica constituye un desafío al canon estético y literario. En *Temporada de Huracanes*, la violencia y la muerte se enmarcan desde las primeras páginas, a través del descubrimiento del cuerpo de La Bruja esto permite observar—pensando en conjunción con *El Lugar sin Límites*—, como la precariedad y la violencia de los pueblos en América Latina persiste a pesar del tiempo y continúa marcando las vidas de sus habitantes. *Temporada de Huracanes* se convierte en un desafío al destino de las identidades marginalizadas, a la muerte como destino final, como cierre, como conclusión. Como se ha

mencionado antes, la muerte de La Bruja y el descubrimiento de su cuerpo son los percutores de la historia, la justicia que se alcanza en torno a su asesinato es la esperanza de que algún día las personas no serán sólo cuerpos que se desechan si no cumplen con los preceptos sociales. El libro presenta una historia donde todos los personajes sufren violencia en distintos grados y evidencia la brutalidad con la que son tratados por un sistema de justicia que no funciona y un sistema social que los orilla a violentarse unos a otros como medio de supervivencia. La muerte es aquí una esperanza, cargada de realidad pero que visibiliza las posibilidades de nuestro entorno. Fernanda Melchor, como muchas otras autoras ha sido recientemente catalogada en lo que se ha intentado llamar un «nuevo boom latinoamericano», etiqueta que otras escritoras como Mariana Enríquez y María Fernanda Ampuero han rechazado. Esto supone otro tipo de desafío al canon, a la categorización y a la concentración del conocimiento, así como a las determinaciones patriarcales sobre la literatura escrita por mujeres. De este modo podemos pensar que así como estas historias representan un desafío ante las imposiciones sexo-genéricas de un proyecto de nación hegemónico, esta potencia revolucionaria se desborda hacia la literatura como actos de resistencia, como lugar de enunciación y visibilización de las realidades latinoamericanas.

3. Ante la muerte del monstruo. Reflexiones finales

¿Qué queda después de la muerte de Manuela y de La Bruja? Ambas figuras, subversivas y desafiantes del orden, encuentran finalmente un destino fatal a manos de otros atrapados por las mismas determinaciones hegemónicas de un contexto precario. ¿Qué queda entonces y cuál es su potencialidad? ¿Por qué, a medio siglo de distancia, seguimos contando las historias que rodean a estas figuras? La respuesta se encuentra en la posibilidad de revolución que estas figuras prometen para su propio contexto.

Si bien es cierto que las condiciones para los sujetos disidentes son distintas en ambas épocas, es imposible afirmar que existimos en un mundo que recibe la diferencia como algo positivo y que no operamos dentro de una maquinaria que continúa perpetuando la violencia sobre los cuerpos menos capitalizables para sostener la fantasía de un orden social perfecto. Las figuras de La Bruja y Manuela se resisten a su victimización, se construyen como sujetos deseantes por medio de la reiteración de su subjetividad. Continuamos contando estas historias porque la experiencia de los cuerpos y la historia de las personas importa y constituye su única salida de un lugar donde los límites están claramente trazados entre la vida y la muerte ante la diferencia. Son estas figuras las que desafían los constructos sociales y las normas necropolíticas de la represión que aún existe en América Latina, suponiendo entonces un desafío incluso a la represión visual de la diferencia.

El monstruo desafía la *realidad* de un individuo que cumple al pie de la letra con el proyecto nacional, el cual continúa fallando. Los personajes más revolucionarios de estas historias son aquellos que desafían las

normas de la feminidad, de la pobreza y de la violencia. Son estas historias las que incluso continúan siendo un desafío al canon literario que constituye una visión homogénea de la nación y la personalidad latinoamericana. Es sólo a través de estas figuras que podemos cuestionar y modificar las normas que nos constituyen actualmente, incluso siendo necesario visibilizar la fina línea entre la vida y la muerte de las subjetividades monstruosas como revolución.

Referencias bibliográficas

- BLANCO, Azucena G. «Política del afuera y acontecimiento. Los inéditos de Michel Foucault sobre literatura» *Pensamiento. Revista De Investigación e Información Filosófica*, 76, 290 (2020): 729–742. Disponible en: <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i290.y2020.016> [Fecha de consulta: 19 de marzo de 2026]
- BLANCO RIVERA, Teresa. «Cuerpos sin cabeza: Corporalidades abyectas y nuda vida en Temporada de Huracanes de Fernanda Melchor». *452°F Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* 30 (2024): 254-271. Disponible en: <https://doi.org/10.1344/452f.2024.30.13> [Fecha de consulta: 19 de marzo de 2026]
- BUTLER, Judith. *Cuerpos Que Importan*. Paidós, 2002.
- DONOSO, José. *El lugar sin límites*. Alfagura, 1966.
- HALBERSTAM, Jack. *Masculinidad Femenina*. Egales Editorial, 2008.
- MARTÍNEZ DÍAZ, María. «El transexual en El lugar sin límites: Monstruosidad, norma y castigo». *Revista Humanidades* 1 (2011): 1-15. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498050304002>
- MELCHOR, Fernanda. *Temporada de Huracanes*. Random House, 2017.
- MORAÑA, Mabel. *El Monstruo Como Máquina de Guerra*. Iberoamericana, 2017.
- ROMERO, Gustavo. «El bios foucaulteano: de Subjetividad y verdad a El coraje de la verdad, entre la vida bella y la animalidad», *Anales del Seminario de Historia y Filosofía* 32, 1 (2015): 145-162.
- SIFUENTES-JÁUREGUI, Ben. «Gender without limits: The Erotics of Masculinity in El lugar sin límites». *Transvestism, Masculinity, and Latin American Literature*. Palgrave, 2002.
- VALENCIA, Sayak. «El Transfeminismo no es un Generismo». *Pléyade Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* 22 (2018): 27-43. Disponible en: <https://dx.doi.org/10.4067/S0719-36962018000200027> [Fecha de consulta: 19 de marzo de 2026]